

LA SEMANA
CINEMATOGRAFICA



MOLLIE KING

Año I :: Núm. 11

18 de Julio 1918

Precio: 30 centavos



LA SEMANA



CINEMATOGRAFICA

Directora y propietaria: LUCILA AZAGRA. = Correspondencia a Casilla 2289

Suscripción por este año, colección completa, \$ 10

Números sueltos: Portal Fernández Concha, 950

Conversaciones en los biógrafos

HAY una mala costumbre que se va generalizando extraordinariamente entre nosotros: la de hablar fuerte en los cines.

El mal ejemplo de los primeros contraventores a los más elementales principios de urbanidad, ha cundido en forma alarmante, al extremo de que ya va siendo general la creencia de que el cine es un lugar en el que nada tiene de particular hablar en voz alta, como si uno estuviera en la plaza de abastos.

Nada decimos de los muchachos mal criados que llevan algunas señoras a los espectáculos y que hablan a todo gacinate cuanto disparate se les viene a la cabeza, siguiendo el mal ejemplo de sus mamás. Estos chicos están destinados a hacer del cinematógrafo, en un futuro cercano, cuando crezcan y tengan hijos a su vez, un espectáculo de tortura para las personas delicadas que no están dispuestas a oír cincuenta zandeces seguidas en un par de minutos.

Hoy día es cosa corriente comentar a toda voz cuanto cosa va viéndose en la tela. Se comentan los trajes, la hermosura de los actores, todo. Y no sólo se comenta. Hay personas que creen lucir un ingenio asombroso al repetir, punto por punto, todo lo que pasa en la pantalla.

—Fijate, aquí llegó el otro.

—Ya sacó el cuchillo.

—¡Allá viene la policía!

—¡Lo pillaron!

Y así por el estilo. Estos tales se imaginan, sin duda, que los demás no tienen ojos

y que necesitan que alguien les vaya refiriendo lo que ocurre..

Otros tienen la manía de ir anticipándose a los acontecimientos y suponiendo a tontas y a locas las cosas que pueden ocurrir.

—¡Aquí viene el marido!—dicen.

Y el marido no sueña en presentarse.

—¡Aquí la mata!

Y ni por asomos.

Otros, que han visto la película, se empeñan en ir quitando todo interés a la pieza, contando anticipadamente a sus amigos, y también a los espectadores vecinos, que los escuchan aunque no quieran, todos los detalles que vistos sin aviso previo podrían dar una agradable sorpresa.

—Aquí se la llevan, pero el marido la va a venir a buscar y la libra.

—Nó, no le pasa nada,—porque después llega Eddie Polo y los hace zumbiar a todos.

¡Y todo esto en voz altísima, sin cortedad alguna, y como empeñándose más bien en que oigan los demás!

Ahora, para qué decir nada de las niñas y jóvenes que van a pololear al biógrafo o a cobrarse allí celos y sentimientos. Estos hablan y hablan horas enteras, como si les dieran cuerda, a favor de la obscuridad.

¡Válganos el cielo! ¿Cuándo comprenderán todas estas personas que no sólo no es discreto sino que es una falta grave el molestar a los demás en una sala de espectáculos?

CATON EL CENSOR.